

VEO entre los carrizos de Navaseca
que sólo hay lo que hay:
Las cepas que van perdiendo las hojas,
pero repletas de racimos,
la laguna con su agua reciclada
de las cloacas y otras suciedades,
patos que se resisten a huir
y algunos tarayes vencidos en el cieno.
Los álamos blancos aún firmes, aunque muertos,
siguen formando parte del paisaje;
unos jilgueros se posan en sus ramas secas
en defensa de su territorio.
A lo lejos un ganado levanta nubes de polvo,
va camino del establo donde hambrientos
esperan los corderos. Luz de la tarde.
La soledad hoy es una defensa
y una oración en súplica por el mundo,
también por mí. Quiero aprender
a desprenderme de sorpresas y de vanidades.
El olivo que ahora mira mi padre en la Plaza
lo ven mis ojos junto a los de mi hijo.
Tiene alma, con sus más de mil años
nos sobrevivirá a los tres, alto y verde,
en silencio con su mirada fija en todo esto,
para repetirnos que todo es parte de la vida,
entre luces y sombras, y que, como él, solo,
libre y sin destino he de salvarme,
y no en este poema que en su consuelo me mantiene,
como un abrigo y unos guantes de fortuna,
en una isla perdida y tan lejos del frío.